

Francisco Galván

DE BUITRES
Y LOBOS

algaida
eco

© Francisco Galván, 2005
© Algaida Editores, 2005, 2011
Avda. San Francisco Javier 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-649-2
Depósito legal: Na. 1.421
Impresión: Rodesa, S. A.
31200 Estella (Navarra)
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..

ÍNDICE

I	13
II	19
III	34
IV	52
V	74
VI	87
VII	102
VIII	122
IX	136
X	150
XI	178
XII	201
XIII	227
XIV	246
XV	268
XVI	336
XVII	358
XVIII	379
XIX	412
XX	456
XXI	510
XXII	534
XXIII	552

A Sacra

*Entre los actores de este grandioso drama, existen algunos
cuyos nobles caracteres son dignos de eterna memoria.*

ENRIQUE BRADLEY
Historia de los godos

I

TRES SOMBRAS SE MOVIERON EN SILENCIO EN LA OSCURIDAD de la noche. Al amparo de las grandes sabinas, llegaron hasta la tapia de la villa y calcularon su altura mientras uno de ellos extraía de entre sus ropas un bulto perfectamente liado en un paño. Los tres hombres ocultaban sus rostros con gruesas capas de lana negra para evitar que el resplandor lunar iluminara sus blancos rostros y delatara su presencia.

El más alto colocó el bulto en el suelo y con las puntas de los dedos apartó cuidadosamente los extremos de la tela hasta descubrir un gran trozo de apestosa carne envenenada. Se separó dos pasos de la tapia y arrojó la carne al interior de la finca. Después se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la cuarteada pared y esperó junto a sus compañeros.

Al otro lado de la tapia se oyeron gruñidos y carreras. Una sorda agitación interrumpió la quietud nocturna. Finalmente, la arrebatina se alejó hacia otro punto de la finca.

—Creo que los perros han apreciado nuestro regalo —dijo con satisfacción el hombre alto—. En unos momentos podremos actuar libremente.

—Cierto, Fabio —afirmó el más menudo de los tres—. Ahora me toca a mí. Acercaos a la pared y ayudadme a subir.

El tal Fabio y el tercer componente del grupo —un individuo ancho y robusto, aunque notablemente más bajo que los demás— apoyaron sus hombros contra la pared y sirvieron de escala para que el más ligero de ellos trepara hasta lo alto de la tapia. Los ocho pies¹ de altura de la cerca no fueron un obstáculo para él.

—¿Qué ves, Aureliano? —preguntó el jefe.

El aludido asomó ligeramente la cabeza por encima del muro. Después izó el cuerpo y finalmente se sentó a horcajadas sobre la pared con una pierna por cada lado.

—No veo a nadie, y tampoco a los perros. Creo que todo está tranquilo —respondió.

—¡Perfecto! —dijo Fabio—. Vamos, Domicio, es tu turno.

Domicio, mucho más grueso que sus compañeros, se encaramó a los hombros de Fabio y con enormes dificultades pudo ascender hasta lo alto de la pared y se sentó junto a Aureliano. Sin cruzar palabra, éste se dejó caer en el interior de la villa y corrió veloz hasta un grupo de setos del jardín. Allí se agachó y permaneció en silencio hasta comprobar que su presencia no había sido advertida por los moradores de la finca. El aroma de las rosas y los jazmines envolvía la noche.

—¿Cómo va todo? —preguntó Fabio al compañero que contemplaba la escena desde su improvisada atalaya.

—Sin problemas —respondió—. Será difícil que lo descubran, se mueve con la agilidad de un gato.

—Eso espero. No me gustaría que ese gato se tropezara con los perros y arruinara toda la operación.

—No te preocupes, los perros deben estar ya más tiesos que la vara de un obispo.

¹ Un pie romano equivale a 30 centímetros.

Aureliano abandonó los setos y se dirigió hacia la casa con pasos largos y seguros. Bajo el embozo, el intruso mostraba rasgos afilados, con una nariz larga y puntiaguda, los ojos muy juntos y una mueca en la boca que le mantenía una eterna sonrisa en el rostro. Sonrisa siniestra e inquietante, al decir de sus propios amigos. Y es que Aureliano no era persona para andar con bromas. Había dado de cuchilladas a más de uno sólo porque le llevó la contraria. En cierta ocasión, mientras limpiaba la sangre de su daga en la ropa de una de sus víctimas, justificó su crimen alegando que le exasperaba que le contradijeran. Prefería acabar los debates por la vía rápida.

Como un fantasma, Aureliano llegó hasta la vivienda. Tentó el puñal que llevaba bajo la capa y se deslizó en silencio en busca de una ventana que le permitiera acceder al interior. No tardó en ver cumplido su deseo: el ventanuco de un granero adosado a la edificación principal apareció ante sí, abierto de par en par.

Se encaramó a la ventana y penetró en el almacén. Allí se mantuvo inmóvil hasta que sus ojos se acostumbraron a la oscuridad casi absoluta del interior. Examinó despacio el lugar. La mitad del silo, a su izquierda, estaba ocupada por paja apilada hasta el techo, sujeta por largas pértigas que impedían que se venciera sobre el resto de la estancia. A su derecha había una puerta. Comprobó que no estaba cerrada y la abrió con cuidado para evitar que chirriara. Volvió a cerrarla tras de sí.

Ya estaba en el interior de la casa. Ahora, pensó, corría el riesgo de que alguien se mantuviera en vela y descubriera su presencia. Aureliano se hallaba en una pequeña habitación repleta de aperos de labranza. Franqueó sin dificultad la puerta de enfrente y alcanzó el peristilo de la villa, un corredor cubierto, con columnas, que discurría alrededor del atrio de la elegante casa de

campo. Los macizos de flores que adornaban la base de la mayor parte de las columnas potenciaban el agradable aroma de la noche. La fuente situada en el centro del atrio debía servirle de referencia. Las indicaciones eran precisas y no cabía la posibilidad de cometer un error. Debía dirigirse a la pieza hacia la que miraba la ninfa que coronaba la fuente.

Sin embargo, a esa distancia, unos dieciséis pies, Aureliano no podía distinguir la figurita de bronce, y mucho menos hacia dónde estaba orientada. Se disponía a acercarse a ella cuando oyó un ruido a su derecha. Se quedó inmóvil. Petrificado. Oculto tras una columna, como una sombra más del peristilo. Por el corredor, una figura con un pequeño candil revisaba cada una de las habitaciones. Dobló la esquina y se encaminó hacia donde le aguardaba la muerte.

Aureliano empuñó la daga y, con todos los músculos en tensión, esperó a que el desgraciado esclavo estuviera a su alcance. Como un resorte, saltó sobre su espalda. Con la mano izquierda le tapó la boca al tiempo que le cortaba el cuello limpiamente con la daga. El esclavo se agitó pero no pudo zafarse. Fue cosa de un instante pasar de este mundo al otro. Ni siquiera soltó el candil.

Aureliano trató de limpiar su daga en la blanca túnica del muerto pero le fue imposible. La sangre había manado a borbotones de la garganta rajada. Ambos estaban empapados. Llevó el cuerpo de su víctima a la fuente. Depositó el cadáver en la pileta con cuidado para evitar chapoteos. Comprobó la posición de la ninfa y lavó la daga.

Halló enseguida la habitación referida. Una liviana cortina de lino cubría la puerta. La retiró despacio y penetró en el interior, pero su pie tropezó con algo. Algo que se removió, sorprendido y soñoliento.

—¿Quién va? ¿Quién es? —balbuceó.

Fueron sus últimas palabras. Con precisión de carnicero, Aureliano le asestó una cuchillada mortal en el corazón. Antes de cumplir su obsesivo ritual de limpieza, echó un rápido vistazo a su alrededor para comprobar que nadie había escuchado el pequeño incidente. Todo estaba tranquilo. Al fondo de la espaciosa habitación dormía una mujer, echada en el suelo, sobre un delgado colchón, y a su lado, en una pequeña cama de madera, descansaba un niño de no más de dos años.

«Espero no tener que matarte a ti también», pensó mientras se cercioraba de que el ama de cría seguía ignorante de su presencia.

Sin dedicar a la mujer más que ese fugaz pensamiento, sacó de entre sus ropas un pequeño pergamino que dejó sobre la cuna. Después tomó en brazos al niño, con cuidado para que no despertara. Salió de la habitación camino del jardín. Lanzó una mirada rápida hacia la cerca, para localizar a su compañero Domicio, pero estaba muy oscuro. Continuó con el niño en brazos y cuando apenas le faltaban cuatro o cinco zancadas para llegar al muro, Domicio asomó la cabeza, a su derecha.

—¡Eh, Aureliano, por aquí! —le chistó.

Domicio se colocó de nuevo a horcajadas sobre la tapia y se ofreció para recoger al niño. Aureliano lo izó y se lo entregó a su compañero y éste se lo entregó a Fabio, ya fuera de la finca.

—¡Ajá!, misión cumplida. Ya podemos marcharnos —dijo, y emprendió una veloz carrera hacia el sabinar con el niño entre los brazos.

Aureliano trepó por la pierna de su compañero hasta lo alto de la tapia. Ambos saltaron al otro lado y corrieron tras su jefe.

El niño se despertó y comenzó a llorar alterado por la carrera, pero ya era tarde. Fabio le tapó la boca con su manaza.

Al otro lado de los árboles, una figura menuda, en lo alto de una carreta tirada por mulas, aguardaba impaciente. Otros dos hombres embozados le acompañaban, sentados en la parte posterior. El conductor del carro se puso en pie al escuchar la carrera y enseguida distinguió los rasgos inequívocos de Fabio. No pudo evitar una exclamación de júbilo al ver el bulto que éste traía entre los brazos.

—¡Magnífico! Veo que habéis cumplido el encargo a la perfección. ¿Tuvisteis algún contratiempo? ¿Fue todo como estaba previsto? —preguntó el de la carreta, un anciano de cabeza afeitada y profundas arrugas en la cara.

—Podría haber ido mejor de haber sabido que un esclavo dormía atravesado en la entrada de la habitación del niño —replicó Aureliano—. Tropecé con él y podría haber dado la voz de alarma.

—Lo siento, no lo sabíamos —se disculpó el viejo y, tras una breve pausa, en la que pareció buscar las palabras más adecuadas, añadió con malicia—; sin embargo, seguro que habrás sabido resolver esa contingencia con la habilidad que te caracteriza, ¿o me equivoco?

—Puedes estar seguro de ello —respondió Aureliano con mirada desafiante.

Fabio entregó el niño al anciano y éste se lo pasó a sus acompañantes, dos individuos jóvenes también con la cabeza rapada.

El viejo arreó las mulas y la carreta se alejó pesadamente por el camino embarrado hasta perderse en la noche.